https://doi.org/10.17163/abyaups.81.610

Patrones migratorios afrocaribeños al Puerto de Veracruz, en el ocaso del régimen novohispano

Marco Antonio Pérez Jiménez
Universidad Nacional Autónoma de México, México
marcoylerdo@gmail.com
https://orcid.org/0000-0002-8859-4311

Introducción

La vida cotidiana, entretejida en las plazas y calles del puerto de Veracruz a finales del período colonial, ha sido descrita en diversos testimonios producidos no solo por los numerosos viajeros que ingresaron a la Nueva España por el principal puerto del golfo de México, también lo cuentan los relatos de autoridades y pobladores locales, que coincidían en destacar lo "bullicioso" e "irreverente" como características que describían la cotidianidad de los miles de habitantes que conformaban la sociedad veracruzana en las postrimerías del siglo XVIII e inicios del XIX.

Como aconteció con el extenso escrito que, en 1795, Tomás Aguirre, vecino del barrio de las Minas, entregó al cabildo de Veracruz, en el que solicitaba reabrir el acceso a la ciudad amurallada por la Puerta Nueva Veracruz, ubicada en aquel barrio. La clausura de dicha entrada obligaba a los vecinos a salir a "desahogarse" en los espacios exteriores del muro de cal y canto por la Puerta de la Merced, enclavada en el barrio contiguo del mismo nombre; acceso peligroso y concurrido por cientos de rancheros, hortelanos, pescadores, aguadores y carreteros que diariamente entraban

y salían con productos para abastecer las necesidades de sus habitantes (Archivo Histórico de la Ciudad de Veracruz, 1795).

Asimismo, fue entre los callejones "culebreados, oscuros y muy calientes", característicos de esta zona popular enclavada al suroriente de la urbe amurallada, donde la "vida arrabalera" emergía con vigor los días y las noches de fiesta. Como lo atestiguó un fraile que residía en el convento de la Merced, las accesorias y zaguanes de barrios como Chafalonía, Merced, o lugares como la Casa de Vecindad, se convertían en espacios "irreverentes" en que el baile conocido como *chuchumbé* era muy popular, particularmente entre los "mulatos y gente de color quebrado, soldados, marineros y broza" (Gil, 2002, p. 127). De acuerdo con el religioso mercedario, el *chuchumbé* se acompañaba con coplas "indecentes" y se bailaba con "meneos, zarandeos, manoseos de tramo en tramo, abrazos y dar 'barriga por barriga'" (p. 127).

La danza no solo escandalizaba a los religiosos porteños de aquella época; de hecho, en 1776 el Tribunal de la Inquisición tomó cartas en el asunto y la prohibió, al considerarla impúdica. A comienzos de ese siglo, el *chuchumbé* entró a la Nueva España por el puerto de Veracruz junto con los barcos —y tripulación— que hacían sus travesías por los distintos enclaves españoles, ingleses y franceses, pertenecientes al circuito comercial del Caribe. Con sus cadencias pícaras, rápidamente echó raíces en las costumbres populares veracruzanas. Es por esto que, a decir de algunos investigadores, las fiestas alrededor del baile han sido señaladas como los antecedentes coloniales del actual Carnaval de Veracruz (Martínez, 2017, p. 308).

Junto con la música y sus meneos jocosos, los estratos populares de la sociedad veracruzana también degustaban la gastronomía y las bebidas típicas preparadas en los diversos puertos del "Mediterráneo americano", como el fermentado hecho a base de miel y maíz conocido como *sambumbia*, cuya venta y consumo fue ampliamente observado por el viajero Antonio López Matoso en sus caminatas por los arrabales exteriores de San Sebastián y Mundo Nuevo (López, 1992, p. 204)[1].

1 Véase figura 1.

La sambumbia llegó desde La Habana a comienzos del siglo XVIII, siendo la bebida embriagante más consumida por los esclavizados y libres de baja extracción, debido a sus bajos costos (García, 2002, p. 92). Asimismo, en el inmueble conocido como El Coliseo (ubicado en el extremo norte del Veracruz amurallado), constantemente se presentaban espectáculos con "actores y cómicos bufos que recorren el eje Cádiz-La Habana-Nueva Orleans-Veracruz, trayendo atractivas modas e influencias" (García de León, 2011, p. 889).

Figura 1
Plano. El puerto de Veracruz a fines de la etapa colonial (intramuros y extramuros)

Nota. Tomado del plano realizado a partir de la información obtenida del padrón de Revillagigedo de 1791 y de los libros parroquiales de Nuestra Señora de la Asunción de Veracruz de 1790 a 1810. Realización y diseño: LDG. Yohali Arévalo Rivera.

Los párrafos anteriores ilustran dos elementos centrales que se desarrollarán en este estudio: las características sociodemográficas que, a

fines de la etapa colonial, permitieron identificar a la sociedad del puerto de Veracruz como "caribeña", y la evidente e importante migración de origen afrodescendiente —mayoritariamente libre o liberta— proveniente del Caribe y que habitaba en la ciudad del golfo, incluso antes del nacimiento del México independiente.

Sobre el primer elemento, si bien se ha escrito mucho acerca de las influencias culturales caribeñas presentes a lo largo de la historia de Veracruz, poco se ha enfatizado en las semejanzas demográficas que la población del principal puerto novohispano presentaba con sus contrapartes insulares y peninsulares del Caribe. Mientras que, en relación con el segundo elemento, el estudio de fuentes primarias, que por lo regular no se emplean en investigaciones históricas sobre migraciones —como los libros parroquiales de Nuestra Señora de la Asunción en este escrito—, arrojó novedosos datos sobre la movilidad afrocaribeña hacia la Nueva España; migración que, hasta el momento, se ha considerado como mayoritariamente esclavizada.

Veracruz también es Circuncaribe: esbozo de su vinculación histórica

La relación mercantil entre Veracruz y el Caribe —principalmente con La Habana— se remonta a los comienzos del dominio colonial español en el siglo XVI. En 1561 se consolidó el eje comercial caribeño con la designación de La Habana —por el rey Felipe II— como punto central del sistema de flotas americano, quedando integrados a este sistema los puertos de Panamá, Portobelo, Cartagena de Indias y Veracruz. A partir de esto, en la bahía habanera convergieron los dos ejes económicos de la metrópoli en el Atlántico: "los galeones provenientes del Perú, y la denominada genéricamente la flota, procedente de Nueva España" (Sorhegui, 2009, p. 80).

La creciente importancia del "Mediterráneo americano" levantó el interés de las autoridades coloniales por conocer con detalle los aspectos

geográficos más destacados de la región caribeña. Por tanto, en 1571 el rey ordenó al Consejo de Indias recopilar las relaciones geográficas que hasta ese momento habían realizado los primeros exploradores europeos. En dicha recopilación se incluyeron las observaciones del cosmógrafo del rey, Diego Ribeiro, que años antes había confeccionado una serie de cartografías donde el golfo de Nueva España (nombrado así en 1532) y el mar Caribe fueron considerados dentro de la misma región marítima, quedando delimitada por "las Antillas y las costas continentales y se dividía en dos golfos. El golfo de Nueva España o el golfo de México y el golfo de Tierra Firme, que iba desde las islas de Barlovento hasta Yucatán" (Trabulse, 1996, p. 133).

Del mismo modo, Veracruz quedó incluido en el proyecto militar emprendido por Juan Bautista Antonelli entre finales del siglo XVI y comienzos del XVII. El proyecto de Antonelli fue un factor definitorio en la morfología de las ciudades caribeñas, así como en las funciones defensivas encomendadas por la Corona española. Por esto, se puso en marcha la construcción de fortificaciones como la de San Juan de Ulúa, en Veracruz, y la del Morro y la Punta, en La Habana. Asimismo, quedaron contempladas en un proyecto siguiente aquellas que protegerían los puertos de Santo Domingo, Portobelo y Cartagena de Indias (Sorhegui, 2009, p. 32).

Estas ideas ponen en evidencia que el litoral del golfo y, por tanto, el puerto de Veracruz como su principal enclave fueron contemplados por las autoridades coloniales en la definición geopolítica del "espacio caribeño", circunscrito por características geográficas y por pujantes rutas comerciales y de navegación (Pérez, 2019, p. 287). Aspectos que, con el paso de los siglos, provocaron la emergencia de nuevas dinámicas socioculturales exclusiva de la región, como las esbozadas al comienzo de este capítulo.

A partir del siglo XVIII, el control por las redes mercantiles caribeñas fue un objetivo muy codiciado por los imperios europeos, trayendo a la región una atención sin precedentes y un incremento en el dinamismo económico, político, militar y demográfico. Desde los primeros años de ese

siglo, los conflictos entre España e Inglaterra se agravaron con la Guerra de Sucesión, cuya *pax* fue impuesta por los ingleses a los españoles con la firma de los Tratados de Utrecht, en 1713. Aunado a esta disputa —que se prolongó hasta 1750— el rey Carlos III otorgó su apoyo al imperio francés en la Guerra de los Siete Años, desatando una serie de enfrentamientos entre las tres potencias europeas y cuyo escenario principal estuvo en aguas y litorales caribeños (p. 289).

En 1762 Inglaterra arremetió nuevamente contra España propinándole un golpe clave con la toma de La Habana. Situación que posicionó a los ingleses como "vecinos" de Veracruz: "cundiendo la alarma sobre un posible avance militar sobre la Nueva España, sobre todo por la escasez de medios de defensa en Veracruz y sus costas aledañas" (García, 2011, p. 777). Por tanto, al apoderarse de la posesión española más preciada del Caribe, el imperio británico puso al descubierto, por un lado, las enormes deficiencias del sistema defensivo español; por el otro, la escasez de recursos para costearlo. Por lo tanto, a partir de mediados de esa centuria, la plata novohispana se convirtió en la principal fuente de financiamiento para poner en marcha las transformaciones militares y económicas emprendidas por las autoridades borbónicas en la región (Grafenstein, 2003, p. 19).

Una parte de los recursos para emprender estas mejoras provino de los llamados situados novohispanos, los que aumentaron su caudal (basado en la plata) hacia finales del siglo, incrementándose, entre 1779 y 1783, de 2,5 a 8 millones de pesos anuales. Los grandes comerciantes de Veracruz ejercieron una notable influencia sobre la distribución de los situados, como Manuel García Romay e Ignacio Muñoz, quienes fungieron como responsables de los destinados a financiar la guerra en Luisiana (Souto, 2001, p. 35); o bien, Pedro Antonio Cossío, encargado de la plata dirigida hacia Santo Domingo (García, 2011, p. 45).

Tal y como aconteció en los primeros siglos coloniales, las autoridades ilustradas del siglo XVIII también actualizaron sus conocimientos geográficos y elaboraron planos más precisos sobre esta codiciada región.

Respecto a esto, Johanna von Grafenstein apunta al *Regni Mexicani seu Nouvae Hispaniae* —publicado en 1737— como una de las recopilaciones donde los puertos del golfo novohispano estuvieron mejor representados. Además, en dicha publicación también quedó reafirmada la adscripción del litoral del golfo al Gran Caribe (o Circuncaribe, como lo define la propia von Grafenstein). Cuestión evidente en la correspondencia entre el rey Felipe V con el virrey de la Nueva España y con los gobernadores de La Habana, Puerto Rico, Caracas y Cunamá; escritos en que el monarca español asocia a estos territorios como "las islas y puertos principales que ciñen las dos Américas" (Grafenstein, 2003, p. 13).

Lo expuesto demuestra que las ciudades y puertos pertenecientes al Circuncaribe, incluyendo Veracruz, compartieron a lo largo de la etapa colonial (pero con mayor agudeza a partir del siglo XVIII) características económicas, políticas, sociales y culturales. Al respecto, von Grafenstein señala puntos en común que identificaban a los enclaves de la región, tales como su organización espacial, arquitectura civil y eclesiástica, tradiciones culinarias, sincretismos religiosos y una similar composición étnica de sus sociedades (2006, p. 22).

Sobre el último punto, la investigadora observa que tanto los patrones de colonización como las actividades mercantiles y la presencia esclava en la región favorecieron el desarrollo de sociedades multiculturales y multirraciales, en las que negros y mulatos, tanto libres como libertos y esclavizados, constituían "un rasgo distintivo" (p. 22). De este modo, su huella quedó plasmada en numerosos censos y padrones, informes reales y testimonios de viajeros.

En el mismo sentido, Luz M. Martínez Montiel afirma que los elementos socioculturales antillanos presentes en Veracruz moldearon la denominada "cultura afrocaribeña". Sobre esto, M. Montiel puntualiza que lo afrocaribeño remite "de inmediato un contexto geográfico y social, una etnicidad inconfundible que le da el sello de africanía, con una diversidad incuestionable, pero también una esencia común contenida en este vocablo compuesto" (Martínez, 2017, p. 310).

La composición demográfica caribeña y la "pardización" de la clasificación por casta

A fines del siglo XVIII, el explorador y oficial real Antonio de Ulloa, originario de Sevilla, pasó varias semanas en la ciudad de Veracruz. De acuerdo con sus anotaciones, Ulloa realizó numerosos recorridos por las calles del recinto amurallado y los barrios exteriores, y describió con detalle las construcciones de piedra múcara ennegrecidas por el salitre y la humedad (Ulloa, 1992, pp. 76 y 77). Respecto a los habitantes porteños, el burócrata andaluz destacó como característica principal estar divididos en cuatro clases "españoles blancos criollos, españoles europeos, negros y mixtos de los blancos y negros, como son los mulatos, y otras castas de color" (Ulloa, 1992, p. 88).

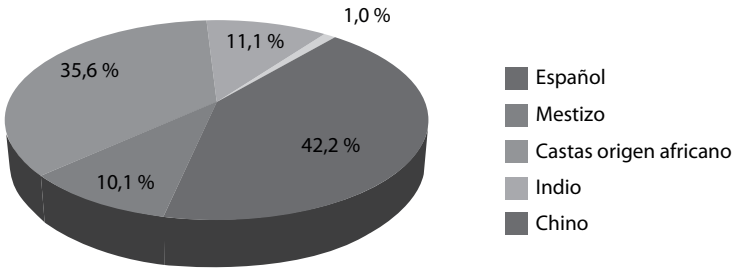
Las apreciaciones de Ulloa resultaron sorprendentemente coincidentes con el análisis de la población residente en el puerto de Veracruz, realizado a través de dos fuentes primarias consultadas para este escrito: el padrón de Revillagigedo de 1791 y los libros de matrimonios de la Parroquia de Nuestra Señora de la Asunción de Veracruz, entre 1790 y 1810 (figuras 2 y 3). De acuerdo con Pierre Chaunu (1987), la utilización de censos civiles como de documentación eclesiástica son herramientas fundamentales para el historiador interesado en profundizar el conocimiento sobre una población determinada (p. 21).

En enero de 1790 el virrey Juan Vicente de Güemes y Pacheco, II conde de Revillagigedo, ordenó a los intendentes y gobernadores levantar un padrón de población semejante al realizado en España, en 1782. Si bien el objetivo de este censo fue conocer el número de hombres disponibles para formar un ejército que defendiera a Nueva España de los enemigos "extranjeros", los empadronadores fueron más allá y recabaron la información de todos los habitantes, basándose en la casa-habitación que les sirvió como unidad censal (Pérez, 2019, p. 107). Por estas características, el padrón de Revillagigedo es considerado el primer censo general de población de la Nueva España y "un parteaguas para el inicio de la democratización del conteo de los cuerpos y las almas" (Malvido y Cuenya, 1993, pp. 15 y 20).

En Veracruz el levantamiento de la información del padrón concluyó en mayo de 1791 y solo abarcó a los habitantes de la traza amurallada. A su vez, para organizar los datos recabados, los burócratas-estadistas responsables dividieron la traza urbana en cuatro cuarteles (figura 1). El conteo general realizado en esta investigación arrojó un total de 3927 habitantes pertenecientes a cinco grupos socioétnicos: españoles, de origen africano, mestizos, indios y chinos. En el primer cuartel, ubicado al norte de la ciudad, habitaban 857 personas repartidas en 163 unidades habitacionales, convirtiéndolo en el segundo distrito más poblado en intramuros. El centro de la ciudad estuvo enclavado en el cuartel 2; habitado por 601 residentes repartidos en 138 casas, fue, por un lado, un espacio dominado por españoles peninsulares y, por el otro, el menos habitado por indígenas y personas de origen africano.

En el tercer cuartel, donde se ubicaban el barrio de las Minas y el Patio de Vecindad antes señalados, se contabilizaron 124 viviendas ocupadas por 691 personas, convirtiéndola en la zona más densamente poblada, con un promedio de 5,6 residentes por casa-habitación. Por último, el cuartel 4 —enclavado al extremo sur del distrito amurallado— fue el más populoso con 1778 moradores; en él se hallaban los barrios de Chafalonía y La Merced (Pérez, 2019a, p. 24).

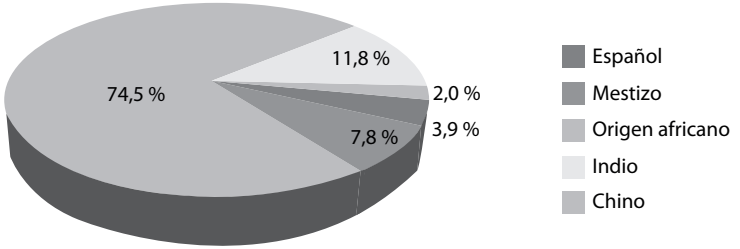
Figura 2
Distribución de los habitantes del Veracruz amurallado por grupos socioétnicos. Padrón de Revillagigedo (1791)



Nota. Adaptado de Pérez Jiménez, 2019a, p. 301.

Como se puede apreciar en la figura 2, la composición de los residentes de la ciudad amurallada, obtenida del padrón de Revillagigedo, señala a dos grupos como los mayoritarios: españoles y de origen africano, que conjuntamente representaban casi el 80 % de los residentes del cuadrante intramuros. Seguidos por los clasificados como indios, con una décima parte del total; los mestizos con una proporción casi idéntica y, por último, una minoría de chinos, anotados como originarios de Manila y/o de las Filipinas.

Figura 3
Distribución de los habitantes del Veracruz extramuros por grupos socioétnicos. Libros matrimoniales de españoles y de castas (1790-1810)



Nota. Adaptado de los libros de matrimonios de la parroquia de Nuestra Señora de la Asunción, Veracruz (PNSA): Libro 1 (matrimonios de castas), 1679-1844; Libro 2 (matrimonios de españoles), vol. 3, 1792-1806; Libro 3 (matrimonios de españoles), vol. 4, 1806-1828.

Por otra parte, los registros parroquiales permitieron seguir las huellas de algunos de los eventos más importantes en la vida de los porteños de origen africano —nacimiento, casamiento y migración— a lo largo de las dos décadas estudiadas (1790-1810). Asimismo, la documentación eclesiástica de la parroquia de Veracruz fue la única fuente disponible para reconstruir la composición socioétnica de los habitantes de los barrios exteriores al muro de cal y canto[2].

2 Documentación preservada en microfilms por religiosos mormones que levantaron la información de muchas parroquias en Latinoamérica entre las décadas de los 60 y 70 del siglo XX. Asimismo, esta se encuentra digitalizada en la base de datos

Los porcentajes representados en la figura 3 evidencian que los asentamientos fuera de la muralla presentaban una distribución socioétnica muy diferente al perímetro amurallado. Durante las dos décadas revisadas, siete de cada diez matrimoniados y residentes en San Sebastián y Mundo Nuevo tenían origen afrodescendiente. A su vez, como podía suponerse, ningún esclavizado fue registrado como habitante en los arrabales extramuros. Cuestión que confirmaría el bajo estatus socioeconómico de la zona, debido a que posiblemente ninguno de sus residentes podía solventar la compra ni la manutención de algún esclavo.

Las personas anotadas como indios y mestizos, en conjunto, apenas representaban el 20 % del total. Sobre los orígenes de los primeros, Antonio García de León (2011) señala el asentamiento, a partir de 1764, de "muchos refugiados de la Habana, así como los indios y mulatos de nación yamaste y apalachina, procedentes de Panzacola y fieles a los españoles en la defensa de la Florida" (p. 788). Migrantes que fueron ubicados en el barrio de San Sebastián y en diversas localidades alrededor del puerto; espacios que cohabitaron con los milicianos pardos y morenos, y sus familias, ahí instalados con anterioridad.

Por último, los españoles y los chinos representaron la minoría de residentes exteriores con menos del 6 %, entre ambos. Si bien el bajo porcentaje de chinos (2 %) se explica debido a que estos conformaban el grupo socioétnico minoritario de la ciudad, no fue el caso para los cerca de 2000 españoles que, a fines del siglo XVIII, moraban en intramuros. Siendo el grupo mayoritario, fue sorpresivo hallar en 20 años solo a dos parejas —todos americanos o "criollos"— anotadas como habitantes de las "orillas de esta ciudad": un matrimonio originario de San Andrés Tuxtla y asentado en Mundo Nuevo desde 1794 (PNSA, 1794), y el otro, oriundo de intramuros y casado en 1810 en la parroquia de Veracruz (1810).

---

en línea de la organización religiosa Family Search, con sede en la Family History Library, Salt Lake City, EE. UU. http://bit.ly/47Iykar

En síntesis, el análisis de la documentación civil y eclesiástica mostró una panorámica sobre la composición socioétnica de Veracruz en el ocaso del régimen novohispano: la presencia mayoritaria de población blanca-española, seguida muy de cerca por la afrodescendiente (ya fuesen libres, libertos o esclavizados), y complementada por minorías indígena, mestiza y china. Composición que, con distintas proporciones de acuerdo con el lugar y la temporalidad, también fue posible encontrarla en sociedades porteñas del Caribe.

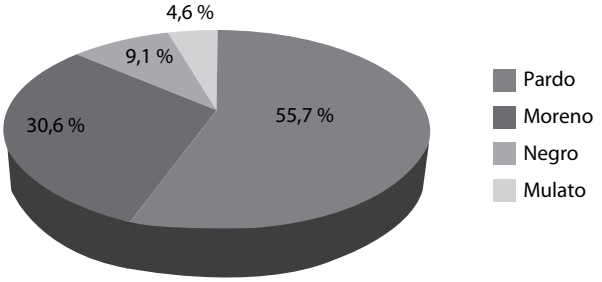
Como lo evidencia la investigación comparativa de Alejandro Gómez (2015), que analizó los individuos de "color quebrado" en tres territorios circuncaribeños (Jamaica, el litoral de Caracas y las Antillas francesas) a comienzos del siglo XIX. Gómez llega a la conclusión que dichos territorios estuvieron conformados por sociedades "tripartitas", con mayoría blanca europea, seguida por un alto número de esclavizados africanos y completadas por un amplio sector de pardos o "libres de color" (p. 67).

Del mismo modo, la composición de la sociedad veracruzana también se asemejó a la encontrada por Belin Vázquez para la de Maracaibo, durante la segunda mitad del siglo XVIII. De acuerdo con un censo levantado para el puerto caraqueño, más de la mitad de sus 13 000 habitantes eran españoles peninsulares o criollos, seguidos por un número importante de afrodescendientes (pardos y negros libres o esclavizados), y, por último, un pequeño contingente de mestizos e indígenas (Vázquez, 2006, p. 161). Asimismo, la evolución demográfica de La Habana, analizada por Herbert Klein y Ben Vinson para la misma temporalidad, muestra una expansión de la población blanca y un notable crecimiento de la negra, tanto de los "libres de color" como de los esclavizados (Klein y Vinson, 2013, p. 114).

No obstante, la composición socioétnica de Veracruz también presentó diferencias respecto a sus contrapartes caribeñas. Por ejemplo, la población esclavizada fue disminuyendo conforme transcurría el siglo XVIII, lo que ocasionó que, al inicio del siguiente siglo, aproximadamente solo dos de cada diez afroporteños fuesen esclavizados. Tendencia que no se presentó en la mayoría de los puertos caribeños, no solo en los insulares sino también en los continentales (Pérez, 2019, p. 302).

Por otro lado, las formas en que las autoridades veracruzanas —civiles y religiosas— clasificaron a los pobladores de origen africano, asignándoles una determinada casta, fue otro punto coincidente con sus contrapartes caribeñas. Como se puede observar en la figura 4, el análisis del padrón de Revillagigedo de 1791 mostró una clara tendencia por etiquetar como "pardos" a un amplio segmento de mujeres y hombres afrodescendientes habitantes de la ciudad de Veracruz.

Figura 4
Distribución por casta de la población de origen africano en Veracruz (padrón de Revillagigedo, 1791)



Nota. Adaptado del Padrón de Revillagigedo, Archivo Histórico de Veracruz (AHV), Caja 40, vol. 42, 1791.

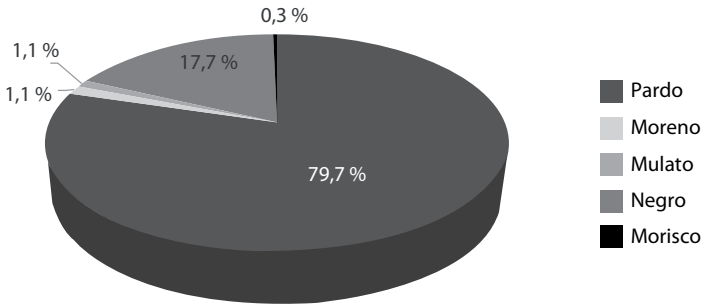
Los burócratas encargados de levantar la información del censo etiquetaron como pardo cerca del 60 % del grupo con ascendencia africana. Asimismo, utilizaron "moreno" como segunda categoría más empleada, con el 31 % de los clasificados. Es decir, alrededor de nueve de cada diez "afrojarochos" contabilizados en el padrón fueron anotados como pardos o morenos. Sector que fue completado por una minoría de etiquetados como "negros", y un segmento aún menor de los considerados "mulatos".

Asimismo, en el análisis de censo de 1791, se encontraron 105 personas esclavizadas, todos de ascendencia africana y completados por un chino de Manila. De este universo, resulta destacable que uno de cada

dos haya sido anotado como negro, seguidos por los clasificados como morenos con 35 % del total. Es decir, dos de las categorías de casta menos usadas en el padrón de Revillagigedo fueron las que dominaron al momento de clasificar a los esclavizados. Lo contrario sucedió con los pardos; siendo la casta mayoritaria residente en el Veracruz amurallado, prácticamente no tuvieron presencia entre los esclavizados, al encontrarse solo tres mujeres con dicha categoría. Por lo que, para los empadronadores porteños, etiquetar a alguien como pardo estuvo casi exclusivamente reservado para la población de origen africano libre o liberta.

La información hallada en los libros de casamientos, por su parte, permitió observar con detalle la "pardización" de los términos por casta dentro de la sociedad veracruzana conforme el siglo XIX hacía su aparición. En la figura 5 se puede apreciar que, entre 1790 y 1810, cerca del 80 % de los matrimoniados de origen africano fueron considerados pardos por los curas de la parroquia de Veracruz. Estos, junto a los individuos clasificados como negros (poco menos del 20 %), fueron los dos términos más utilizados por las autoridades religiosas porteñas en esta temporalidad.

Figura 5
Distribución por casta de la población de origen africano en Veracruz (1790-1810)



Nota. Adaptado de los libros de matrimonios de la parroquia de Nuestra Señora de la Asunción, Veracruz (PNSA): Libro 1 (matrimonios de castas), 1679-1844.

Del mismo modo, los párrocos catalogaron como pardos solo aquellos que tenían calidad de libre o liberto, lo que confirmaría la correspondencia pardo = libre para las autoridades veracruzanas —tanto civiles como eclesiásticas— de finales de la etapa colonial. Lo anterior guarda una importante semejanza con el análisis de José A. Piqueras para la "nación" cubana de comienzos del siglo XIX. El historiador afirma que el empleo de términos distintos para la población de castas tenía una función de diferenciación: "comprenden al mulato o 'pardo' —cuando se desea destacar su condición de libre— y al negro, llamado 'moreno', a fin de distinguirlo de 'negro', que por antonomasia es el esclavo" (Piqueras, 2018, p. 19).

En el estudio ya citado de Alejandro Gómez, el autor denominó "zonas grises" de las sociedades "tripartitas" caribeñas a la presencia de un segmento importante de "libres de color", quienes también fueron nombrados

> pardos, para referirse a la tonalidad grisácea de su piel, aunque con frecuencia se les incluía también en las llamadas castas e incluso entre las plebes. En las Antillas francesas se hablaba de 'gens du couleur' y 'Métis', mientras que en las *West Indies* británicas se les denominaba 'browns', 'colored', 'People of colour'. (Gómez, 2015, p. 68)

El puerto de Cartagena de Indias también presentó una "pardización" en los términos por casta. En el padrón levantado en 1777 para la ciudad neogranadina, el término pardo fue el más empleado por los empadronadores; asimismo, como aconteció para el caso veracruzano, la categoría "mulato" continuó empleándose de manera esporádica. Sergio Solano afirma que, si bien en el censo de Cartagena ambos vocablos fueron usados como sinónimos, en otra documentación de la época se utilizaban como lenguajes diferenciados: uno "social" para caracterizar a segmentos amplios de población afrodescendiente (el caso del término pardo), y otro producto más de la vida cotidiana y de las redes de sociabilidad, contextos donde comúnmente siguió ocupándose la palabra mulato (Solano, 2013, p. 41).

Por otro lado, cabe destacar que el fenómeno de "pardización" de la población de origen africano en Veracruz presentó pocas similitudes con las clasificaciones utilizadas en ciudades del interior de la Nueva España, en la misma temporalidad. Por ejemplo, tanto en la documentación civil como en la religiosa correspondiente a la ciudad minera de Guanajuato, el uso del término pardo fue una excepción; de hecho, a comienzos del siglo XIX la casta más usada por los curas de la basílica de Nuestra Señora de Guanajuato fue "mulato", utilizada en nueve de cada diez matrimoniados de origen africano, completados por una minoría de cónyuges "lobos", "coyotes" y "moriscos" (Pérez, 2021, p. 11).

Posiblemente, entre los padrones de Revillagigedo levantados para las ciudades del interior novohispano, el correspondiente a Querétaro haya presentado más similitudes con el levantado para el puerto de Veracruz. En el documento, Juana Pérez Munguía encontró que más del 90 % de individuos de este grupo socioétnico fueron registrados como pardos. Para la autora, esto encuentra su explicación en la simplificación de la nomenclatura de castas por parte de los empadronadores, al abarcar dentro del mencionado vocablo casi la totalidad de población registrada con origen africano: negros, morenos, mulatos, lobos, cochos y coyotes (2011, p. 221).

No obstante, la "pardización" de los empadronadores queretanos también tuvo diferencias con la utilizada por los veracruzanos. Si bien, en ambos casos los pardos fueron mayoría, en Veracruz su uso no llegó a generalizarse por completo, al registrarse en el padrón de 1791 a cuatro de cada diez "afroporteños" con una casta diferente (moreno, negro o mulato). Asimismo, en Querétaro de finales del siglo XVIII los afrodescendientes representaban la tercera población en importancia, ubicada por debajo de españoles y mestizos y ligeramente por encima de los castizos (p. 141). Situación, como se ha observado, muy distinta a la importancia demográfica que tenían los de ascendencia africana para la ciudad portuaria.

Estas diferencias se hicieron más evidentes al cotejar los registros parroquiales de las dos ciudades. Si bien, los curas queretanos de San

Sebastián emplearon términos también utilizados por los religiosos veracruzanos —como negro y mulato—, la categoría "pardo" estuvo ausente por completo del léxico de los primeros. En contraste, los religiosos de Querétaro usaron vocablos también encontrados en la documentación de la basílica de Nuestra Señora de Guanajuato, como lobo y coyote (p. 221).

Afrocaribeños en Veracruz a fines de la Colonia: una migración libre y liberta

Dentro de un estudio demográfico —en este caso, de historia demográfica— el análisis de la movilidad geográfica (voluntaria y/o forzada) resulta fundamental para historiar los flujos migratorios de un determinado grupo de personas en un período. No obstante, para el historiador interesado en las poblaciones quizás este sea el aspecto más complicado de analizar, debido a la "naturaleza" de las fuentes documentales que dispone para emprender su pesquisa.

En el caso de la documentación parroquial, diversos investigadores han señalado la dificultad por conocer el número de ocasiones en que el matrimoniado migró de su lugar de origen hasta el lugar donde contrajo nupcias; además, tampoco es posible conocer con certeza si los contrayentes cambiaron de residencia una vez consagrado el enlace (Robinson, 1980, p. 181). En este sentido, Miguel A. Cuenya precisa la necesidad de delimitar, lo más claramente posible, los límites y las posibilidades de estudiar los flujos migratorios en tiempos coloniales. Por ello, Cuenya propone acotar el término migración matrimonial" para agrupar los datos, y su interpretación, obtenidos de las fuentes eclesiásticas (Cuenya, 1996, p. 12).

Para la ciudad de Veracruz de finales del siglo XVIII y comienzos del XIX, afortunadamente los párrocos fueron minuciosos y, en un elevado número de matrimonios, anotaron información sobre los cónyuges referente a su movilidad espacial, desde su punto de origen hasta sus nupcias en el puerto jarocho. En particular, se pudo observar que los religiosos veracruzanos pusieron atención en los "pasos migratorios" de aquellos

hombres y mujeres provenientes de los puertos y ciudades caribeñas; observación que, a su vez, demostró el constante arribo de dos grupos: españoles peninsulares (comerciantes y oficiales reales, en su mayoría) y personas de origen africano.

Respecto a los segundos, los curas fueron minuciosos en registrar la movilidad de los esclavizados y libertos de origen africano provenientes no solo del Caribe, sino también de aquellos originarios de la costa occidental africana y que, antes de su llegada a Veracruz, pasaron un período en la región circuncaribeña. Los religiosos pormenorizaron cada punto donde estuvo el esclavizado o liberto, desde su embarque en las costas de Guinea hasta su llegada al puerto de Veracruz, incluyendo lugar de bautismo y de manumisión, en caso de que haya obtenido su libertad antes de su casamiento en la Parroquia de Nuestra Señora de la Asunción (PNSA) (Pérez, 2019, p. 267).

Un caso destacado se encontró en el enlace celebrado en 1808, entre Mariano Villas y María Michaela Zavala. Mariano, de 47 años, fue anotado por el cura como negro libre, de "padres gentiles" y nativo de Guinea; el párroco escribió que, siendo niño, Mariano fue esclavizado y embarcado en las costas africanas con destino La Habana, donde fue bautizado, radicó por más de 30 años y obtuvo su libertad. Por su parte, María Michaela, también negra libre y traída desde África, tuvo una vida menos ajetreada geográficamente hablando. Hija de padres desconocidos y viuda de Antonio Gil de la Torre, fue bautizada desde niña en una comunidad aledaña a Veracruz (Medellín), donde probablemente habitó por poco tiempo ya que, de acuerdo con el párroco que la matrimonió, desde pequeña fue criada y posteriormente manumitida en la ciudad de Veracruz[3].

Del mismo modo, la "fotografía" de la sociedad veracruzana intramuros plasmada en el padrón de Revillagigedo mostró la diversidad de "extranjeros" que habitaban el puerto en 1791. Entre estos, el 90 % eran españoles europeos, proporción esperada debido a la importancia que la

3 PNSA, Libro 1 (matrimonios de castas), 1808.

ciudad costera tenía para la metrópoli. Flujo migratorio complementado por 40 individuos de origen africano (todos provenientes del Caribe y de las costas de Guinea)[4], una decena de chinos de Manila y cinco "criollos" originarios de otros virreinatos americanos (p. 311).

Al observar el flujo migratorio afrocaribeño descrito en la tabla 1, se reafirma que, a finales del siglo XVIII, el puerto de Veracruz pertenecía a una región caribeña no solo en cuestiones económicas, políticas y militares, sino también, retomando las ideas ya citadas de J. von Grafenstein, en la configuración de una sociedad multiétnica y multicultural, donde las personas de origen africano dejaron su huella distintiva.

Tabla 1
Población de origen africano proveniente del Caribe y costa occidental africana, 1791 (libres y esclavizados)

Lugar de procedencia	Pardos	Morenos	Negros	Totales
Costa de Guinea	2	26	1	29
La Habana	2	3	0	5
Santo Domingo	1	1	0	2
Maracaibo	0	1	0	1
Cartagena de Indias	1	0	0	1
Costa de Caracas	1	0	0	1
Totales	7	31	1	39

Nota. Tomado del padrón de Revillagigedo, Archivo Histórico de Veracruz (AHV), Caja 40, vol. 42, 1791.

La Habana fue el principal punto caribeño de salida para estos migrantes, registrándose en el padrón de 1791 dos pardos y tres morenos avecindados en Veracruz intramuros. Estos fueron seguidos por dos

4 Con excepción del moreno libre Alexandro Ricardo, oriundo de Francia (Archivo Histórico de Veracruz, Caja 40, vol. 42, 1791, f. 51).

oriundos de Santo Domingo, un moreno y un pardo llamado Francisco de Villa Urrutia. Si bien los burócratas censales no anotaron su oficio, Francisco debió de contar con un ingreso suficiente para poseer o rentar una casa en la parte norte de la ciudad (primer cuartel), así como para mantener a una familia de tres hijas —dos menores y una doncella de 16 años (AHV, 1791). El resto de afrocaribeños no tuvieron su origen en puertos antillanos sino en litorales continentales, como Maracaibo, Cartagena de Indias y las costas de Caracas.

La nomenclatura por casta que utilizaron los empadronadores para etiquetar a estos migrantes, observable en la tabla 1, no coinciden con los patrones generales en que el término pardo fue mayoritario. Por el contrario, ocho de cada diez afrocaribeños registrados en el padrón de 1791, fueron clasificados como morenos; asimismo, solo se encontraron a siete etiquetados como pardos originarios de la región circuncaribeña.

Una de las hipótesis acerca de la sustitución de los términos "pardo" por "mulato" y "moreno" por "negro" —señalada por Piqueras para la isla de Cuba—, realizada por los burócratas veracruzanos que levantaron los datos del padrón de 1791, se encuentra al observar las legislaciones novohispanas de la época en materia militar. En el Reglamento para las Compañías Urbanas de Blancos y Pardos (publicado en 1767), el virrey ordenó renombrar las milicias de origen africano, remplazando las compañías de mulatos y negros por las de pardos y morenos. Las de pardos estarían formadas por la misma "clase" de soldados que anteriormente pertenecían a las de mulatos, mientras que el regimiento de morenos se: "compondrá de la misma fuerza y clase que la de los Negros" (Archivo General de la Nación de México, 1767).

Por tanto, el objetivo de la Corona española por conocer las fuerzas militares, disponibles a través de los datos recabados en los padrones de Revillagigedo —levantados para todas las intendencias que conformaban la Nueva España—, explicaría, en parte, el motivo por que los empadronadores veracruzanos cayeron en el desuso de los términos negro y

mulato, y adoptaron los de moreno y pardo como los más anotados en el documento censal de 1791.

El abanico de orígenes y rutas migratorias evidenciado en las fuentes matrimoniales de la parroquia de Veracruz, entre 1790 y 1810, por su parte, muestra que la sociedad veracruzana transitaba, a fines del siglo XVIII y comienzos del XIX, hacia una composición demográfica de tipo "caribeño" aún más marcada que la obtenida del padrón de Revillagigedo de 1791.

Figura 6
Plano 2. Flujos migratorios de origen africano provenientes del Circuncaribe y África occidental (1790-1810)

Zona	Lugar de procedencia	Castas
ÁFRICA	Guinea	36
	Cabo Verde	1
GOLFO CARIBE	La Habana	5
	Maracaibo	3
	Cartagena de Indias	2
	Puerto Rico	3
	Cayo Coco	1
	Martinica	2
	Isla Providencia	1
	Costa Caracas	3
	Nuevo Orleans	2
	Bayamo	1
	Charleston	1
	Luisana	1
	Isla Valis	2
	TOTAL	64

Nota. Tomado del plano realizado a partir de la información obtenida del padrón de Revillagigedo de 1791 y de los libros parroquiales de Nuestra Señora de la Asunción de Veracruz de 1790 a 1810. Realización y diseño: LDG. Yohali Arévalo Rivera.

Como se aprecia en la figura 6, mujeres y hombres afrocaribeños matrimoniados en la PNSA provenían de cada rincón de la extensa y diversa región circuncaribeña. Como aconteció con Luis Palos, negro libre, de oficio cochero y casado en 1809 con María Dominga Josefa del Toro; el cura que sacramentó estas nupcias apuntó que Luis a sus 28 años partió de su natal Martinica —ubicada en las Antillas menores— rumbo a Nuevo Orleans, donde radicó hasta su llegada a Veracruz, en 1801. Junto con Luis, Pedro José Ramírez (también negro libre y casado en 1800), fueron los dos martiniqueses encontrados en los libros sacramentales (PNSA, 1809 y 1800).

Del mismo modo, se observaron patrones migratorios procedentes de las costas ubicadas al norte del golfo novohispano. Como Francisco Carlos, negro esclavizado proveniente del litoral de Luisiana, quien, de acuerdo con el párroco que lo matrimonió en 1803, arribó a Veracruz aproximadamente en 1796, para cumplir una condena en el presidio de San Juan de Ulúa. Posiblemente, el algún momento de los siete años que Francisco estuvo preso, conoció a su esposa Luisa Josefa (de casta parda y originaria de La Antigua, localidad ubicada en el "hinterland" veracruzano), debido a que contrajeron nupcias tan solo seis meses después de cumplir su castigo (1803).

Complementaban el pequeño contingente de migrantes del norte del Circuncaribe dos negros exesclavizados de Nuevo Orleans, y una negra, también liberta y originaria de Charleston, Norteamérica; de ella se hablará con detalle más adelante. Al igual que aconteció en el padrón de Revillagigedo, los registros parroquiales arrojaron a La Habana como el principal emisor de afrocaribeños matrimoniados en Veracruz. No obstante, el litoral continental de Maracaibo, Cartagena de Indias y la costa de Caracas —región que a finales del siglo XVIII concentraba la producción de cacao más importante del continente— fue el que más migrantes aportó con casi una decena, es decir, el doble de los "habaneros". Lo anterior, por un lado, reafirma la importancia de la movilidad poblacional entre Veracruz y el puerto cubano, pero, por el otro, muestra

que las redes mercantiles del pujante comercio cacaotero también estaban impulsando un intercambio demográfico y sociocultural entre ambas regiones continentales (Pérez, 2019, p. 315).

Tal como aconteció con la nomenclatura de casta que los empadronadores utilizaron en el censo de 1791 para etiquetar a los caribeños de origen africano habitantes de Veracruz, los religiosos de Nuestra Señora de la Asunción también usaron un término diferente al mayoritario. De los más de 60 afrocaribeños matrimoniados durante las dos décadas analizadas, el 85 % fue anotado como negro, seguidos por los registrados como pardos con menos del 10 %, y completados por un moreno de Maracaibo y una mulata originaria de La Habana.

Por tanto, mediante un comparativo entre los datos obtenidos de las fuentes civiles y de las eclesiásticas, se evidencia que las autoridades veracruzanas de fines de período colonial no usaron comúnmente el término pardo para etiquetar a la población de origen africano que llegó del Circuncaribe, a pesar de que fue la categoría más empleada para clasificar a los afroveracruzanos en ambas fuentes consultadas. Por otro lado, la información recabada en el padrón de 1791 también presentó diferencias con los libros llevados por los religiosos de la parroquia veracruzana. Mientras que los curas anotaron a nueve de cada diez afrocaribeños como negros, sus contrapartes civiles apuntaron a ocho de cada diez como morenos. Aunque, como ya se anotó con anterioridad, ambos términos fueron tomados como equivalentes en distintos contextos de la época.

Por último, en la figura 1 se observa que los originarios de las costas occidentales africanas —36 de Guinea y uno más de Cabo Verde— representaron el flujo migratorio afrocaribeño más importante arribado a Veracruz. Ya se apuntó que el criterio para contemplarlos dentro del presente estudio fue que todos hayan pasado una estancia en algún punto insular o continental del Circuncaribe, antes de habitar y contraer nupcias en el puerto jarocho. No obstante, se consideró pertinente concluir este capítulo con el análisis diferenciado de este flujo migratorio, para destacar no solo su intensa movilidad por la región caribeña, sino también para

resaltar el estatus de libertad que tenían la mayoría de estos migrantes a su ingreso al México colonial.

Embarcados desde diversos puntos del África occidental, como las Islas de Cabo Verde y Sao Tomé, o bien de los litorales de Lagos y del Senegal, los 37 individuos anotados con este origen en los libros matrimoniales veracruzanos posiblemente llegaron al continente americano para ser comerciados como esclavos. Como aconteció con Santiago Saubaigne, esclavizado de casta negra, de "padres gentiles" y originario de las "costas de Guinea". Esclavo de don Pedro Juan Saubaigne, es posible que Santiago haya sido capturado a una corta edad, debido a que el párroco que lo matrimonió apuntó que fue: "criado en La Havana [sic.], bautizado en Santo Domingo y residente de esta ciudad desde hace seis años" (PNSA, 1794).

No obstante, de las 37 personas del occidente africano, solo 14 de ellas entraron a la Nueva España como esclavizadas; lo que representó que el 62 % de "guineos" llegaron y se matrimoniaron en el puerto de Veracruz en calidad de libres. Ahora bien, las proporciones son todavía mayores al tomarlos en cuenta en el total de afrocaribeños anotados en los libros de casamientos, registros que arrojaron al 72 % (46 de los 64) de estos migrantes contrajeron nupcias en estatus de libertad.

Por su parte, de los 17 hombres y 12 mujeres —todos "guineos"— provenientes del occidente africano y registrados en el padrón de Revillagigedo, tan solo nueve continuaban siendo esclavizados. Entre ellos, es destacable el registro de la única mujer oriunda de África clasificada como parda, de 40 años y sirviente en la acaudala casa propiedad del brigadier Narciso de Oja (AHV, 1791). Por tanto, siete de cada diez "guineos" registrados en el documento de 1791, habían sido manumitidos al momento del levantamiento de la información; porcentaje casi idéntico al obtenido de los registros matrimoniales de la parroquia de Veracruz, para las dos décadas siguientes.

La movilidad geográfica intercaribeña de los procedentes del África occidental fue descrita con detalle por los párrocos veracruzanos, incluso

más que la señalada para los nativos del Caribe; un claro ejemplo se encuentra en la descripción del recorrido migratorio del único registrado como proveniente de isla de Cabo Verde, Juan Bautista Mayora. Negro libre y de "padres gentiles", Juan Bautista desembarcó en las costas de Caracas alrededor de 1790 para ser vendido como esclavo; a su llegada, fue bautizado y comprado por el factor don Juan de Mayora, de quien tomó su apellido. Siete años después, ya como hombre libre, Juan Bautista se trasladó a Veracruz y al poco tiempo comenzó a ejercer el oficio de peluquero. Al parecer, a partir de 1800 se asentó permanentemente en el puerto casándose con Juana Nepomuceno Montalvo, mulata nativa de "esta ciudad" y de "padres desconocidos" (PNSA, 1800).

Del mismo modo, dentro de los patrones migratorios del norte circuncaribeño, se contempló el caso de la liberta María Rafaela Fernández. Registrada como negra libre, de "padres gentiles" y proveniente de Charleston en Norteamérica. María Rafaela fue embarcada a los 11 años en las costas de Guinea rumbo a La Habana, lugar donde fue bautizada y comprada por el mercader peninsular don Antonio Fernández. Al parecer, habitó en la isla caribeña hasta conseguir su manumisión, y en 1791 emprendió su viaje con destino a Veracruz. Como mujer libre, fue empelada en el servicio doméstico en la casa de don Martín de Cos, donde posiblemente conoció al que, años después, se convertiría en su esposo: Cosme Quijano, afrocaribeño esclavizado proveniente de las islas de Valis hoy Islas Vírgenes Británicas (1800).

Por consiguiente, los flujos migratorios analizados en este estudio dan cuenta de que, desde finales del siglo XVIII, la mayoría de mujeres y hombres de origen africano, provenientes del Circuncaribe y habitantes del puerto de Veracruz, entraron a la Nueva España como personas libres, motivadas por sus propios intereses y en la constante búsqueda por mejorar sus condiciones socioeconómicas, dentro de lo que el corporativismo colonial les permitiese. Las afirmaciones anteriores toman más relevancia al revisar lo argumentado por investigaciones anteriores. En estas, se ha afirmado que no fue sino hasta la consumación de la independencia de

México en 1821, que el flujo migratorio proveniente del Caribe y de la costa occidental africana estuvo conformado principalmente por personas libres. Yolanda Juárez enfatiza que, a diferencia de sus antecesores coloniales, los migrantes afrodescendientes de las primeras décadas de vida independiente fueron los que conformaron un "segundo movimiento migratorio" libre y originado principalmente en la isla de Cuba (Juárez, 2006, p. 191).

Aseveraciones que, como se ha apreciado en este estudio, no coinciden del todo con los datos obtenidos del padrón de 1791 y de los registros matrimoniales veracruzanos entre 1790 y 1810. Ambas fuentes evidenciaron el estatus de libertad de aproximadamente 70 y 80 % de los afrocaribeños radicados en el puerto jarocho, décadas antes de la caída del régimen colonial español acontecido en 1821.

Conclusiones

Las huellas socioculturales del Caribe en el puerto de Veracruz le han otorgado un sello inconfundible por más de cuatro siglos y evidente aún en la actualidad. En este sentido, el presente ejercicio pretende aportar, desde una perspectiva de la historia social y demográfica, la anotación sobre que Veracruz, entre el período comprendido a fines del colonial y comienzos de la etapa independiente, presentaba una composición poblacional parecida a las sociedades de los puertos insulares y continentales circuncaribeños; características que, a su vez, la diferenciaban del panorama sociodemográfico de las grandes urbes del interior novohispano.

Para dar soporte a tales hipótesis, se exploraron tres posibles explicaciones obtenidas, a su vez, de la información recabada del padrón de Revillagigedo y de los libros matrimoniales de la parroquia veracruzana. En la primera explicación, se expuso que la importancia numérica que tuvieron los habitantes de origen africano moldeó la composición étnica de la sociedad costera: una ligera mayoría de españoles, seguidos de cerca por más de un millar de "afroporteños", y completada por grupos menores

de cientos de mestizos e indios y algunas decenas de chinos. Composición que llamó poderosamente la atención de los viajeros que visitaban por primera vez el puerto, como se observó en las descripciones del andaluz López Matoso referidas en estas páginas.

La siguiente anotación se hizo a partir de observar la nomenclatura de casas utilizada por los burócratas civiles y religiosos para clasificar al sector de origen africano. El afán catalogador que ambas autoridades mostraron por etiquetarlos permitió evidenciar que, a finales del siglo XVIII, en Veracruz y otros puntos del Circuncaribe aconteció un cambio en el uso de las etiquetas "raciales", priorizando la de "pardo" por sobre otras previamente utilizadas, como "mulato". Situación que, como se ha señalado, no se presentó de la misma forma en otras ciudades del interior de la Nueva España.

No obstante, los empadronadores que recolectaron la información para el censo de 1791 y los párrocos veracruzanos que anotaron los matrimonios celebrados en la parroquia no coincidían del todo en el uso de los términos por casta para etiquetar a la población "afroveracruzana", como aconteció en el empleo de las categorías moreno y negro. Esto quizás parezca entrar en contradicción con lo argumentado en este trabajo acerca de que el Reglamento para las Compañías de Blancos y Pardos de 1767 fue un documento decisivo para que las autoridades veracruzanas adoptaran la nueva nomenclatura señalada en el documento militar. No obstante, los burócratas que levantaron el censo de Revillagigedo fueron los que más se apegaron al reglamento, posiblemente debido a que en el puerto se encontraban asentados dos de los batallones de pardos y morenos más importantes del virreinato (figura 1).

Del mismo modo, la última explicación se enfocó en detallar los flujos migratorios afrocaribeños en el puerto de Veracruz, con la intención de mostrar el carácter sociodemográfico caribeño que presentaba el principal puerto de la Nueva España. No obstante, quizás la finalidad más significativa, no solo de este punto sino del presente estudio, sea aportar un "granito de arena" al proceso de visibilidad histórica de la población

de origen africano en los albores del México independiente; mediante la reinterpretación de una historiografía que tradicionalmente ha señalado a estos migrantes de finales de la Colonia como mayoritariamente esclavizados, es por demás pertinente destacar el estatus de libertad que tenía un alto porcentaje de esta población antes del nacimiento de la nación mexicana.

Sin embargo, también hay que apuntar que su búsqueda por mejorar sus condiciones de vida no les resultó una tarea nada sencilla de lograr. Casi la totalidad de afrocaribeños lograron insertarse en la parte inferior de estructura laboral veracruzana, al encontrar ocupación como cocineros, carreteros, labradores, aguadores y, principalmente, sirvientes; trabajos no especializados, mal retribuidos y que acarreaban un desprestigio social. A su vez, ninguno de ellos pudo acceder a algún gremio u oficio calificado y solo en contadas excepciones encontraron ocupación fuera de la servidumbre.

Referencias bibliográficas

Archivo General de la Nación de México. (1767). Gobierno virreinal, Tributos, Reales Cédulas, Real Audiencia y Ordenanzas. Archivo Histórico de Veracruz (AHV). Etapa Colonial.

Chaunu, P. (1987). *Historia y demografía*. Universidad de la República.

Cuenya, M. (1996). De la metrópoli a la puebla de los Ángeles. Un acercamiento al estudio de la migración española en el siglo XVIII. *Entorno Urbano*, (*2*)3, 7-38.

García, M. (2002). Vida y ambientes en La Habana intramuros del siglo XVIII. En B. García Díaz y S. Guerra (coords.), *La Habana/Veracruz. Veracruz/La Habana. Las dos orillas.* Universidad Veracruzana y Universidad de La Habana.

García de León, A. (2011). *Tierra adentro, mar afuera. El puerto de Veracruz y su litoral a Sotavento (1519-1821).* Fondo de Cultura Económica.

Gil, A. (2002). Vida cotidiana en Veracruz a finales del siglo XVIII. En B. García Díaz y S. Guerra (coords.). *La Habana/Veracruz. Veracruz/La Habana. Las dos orillas.* Universidad Veracruzana y Universidad de La Habana.

Gómez, A. (2015). Apenas un parte negro. Valores socio-raciales y accionar político de las élites de 'color quebrado' en Jamaica, Venezuela y las Antillas Francesas (siglos XVIII y XIX). *Revista de Indias, 75*(263), 65-92.

Grafenstein, J. von. (2003). Concepciones espaciales y visiones imperiales: el Caribe en la época del reformismo borbónico. *Cuicuilco*, *10*(29), 1-26.

Grafenstein, J. von. (2006). Introducción. En J. von Grafenstein (coord.), *El golfo-Caribe y sus puertos* (tomo I, 1600-1850). Instituto Mora.

Juárez, Y. (2006). *Persistencias culturales afrocaribeñas en Veracruz. Su proceso de conformación desde la colonia hasta finales del siglo XIX*. Gobierno del Estado de Veracruz.

Klein, H. y Vinson, B. (2013). *Historia mínima de la esclavitud en América Latina y el Caribe.* Colmex.

López, A. (1992). El viaje de Perico Ligero al país de los moros. En M. Poblett (comp.), *Cien viajeros en Veracruz: crónicas y relatos* (tomo II, 159-241). Gobierno de Veracruz.

Malvido, E. y Cuenya M. (1993). Introducción. En E. Malvido y M. Cuenya (comp.), *Demografía histórica de México: siglos XVI-XIX*. Instituto Mora y Universidad Autónoma Metropolitana.

Martínez, L. M. (2017). Afroamérica III. La tercera raíz. En *Presencia africana en México* (427), PUIC y UNAM.

Parroquia de Nuestra Señora de la Asunción, Veracruz. (s/f). Libros de Matrimonios y Bautismos de la (PNSA). Libro 1 (matrimonios de castas), 1679-1844. Libro 2 (matrimonios de españoles), vol. 3, 1792-1806. Libro 3 (matrimonios de españoles), vol. 4, 1806-1828. Family History Library (www.familysearch.org).

Pérez, M. A. (2019a). *La población de origen africano en el puerto de Veracruz a finales de la época colonial: una aproximación sociodemográfica* [Tesis de doctorado, IIH-UNAM].

Pérez, M. A. (2019b). Demografía y sociedad en la ciudad de Veracruz: los porteños de origen africano a finales del período colonial. *Revista Diario de Campo, 2*(8), 18-39.

Pérez, M. A. (2021). La 'transición' sociodemográfica de los mulatos en Guanajuato a comienzos del siglo XIX. *Revista Digital FILHA, 16*(24), 1-17.

Pérez Munguía, J. (2011). *Negros y castas de Querétaro, 1726-1804. La disputa por el espacio social con naturales y españoles* [Tesis de doctorado, El Colegio de México, A. C.].

Piqueras, J. (2018). Seríamos blancos y pudiéramos ser cubanos: raza, nación y gobierno en el Caribe hispano. En T. Pérez Vejo y P. Yankelevich

(coords.), *Raza y política en Hispanoamérica* (17-55). El Colegio de México, A. C. y Bonilla.

Robinson, D. J. (1980). Patrones de migración en Michoacán en el siglo XVIII: datos y metodologías. En T. Calvo, T. y G. López (comps.), *Movimientos de población en el occidente de México* (109-206). Colmich y CEMC.

Solano, S. (2013). Repensando la configuración socio-racial del Nuevo Reino de Granada, siglo XVIII: pardos, mulatos, cuarterones y quinterones. *Aguaita, Cartagena* (*25*), 39-59.

Sorhegui, A. (2009). El puerto de La Habana: de principal enclave del comercio indiano, a cabecera de una economía de plantación. En J. Elías-Caro y A. Vidal Ortega (eds.), *Ciudades portuarias en la gran cuenca del Caribe. Historia, cultura, economía y sociedad* (79-106). Universidad del Norte.

Souto, M. (2001). *Mar abierto: la política y el comercio del consulado de Veracruz en el ocaso del sistema imperial*. Colegio de México, A. C. e Instituto Mora.

Trabulse, E. (1996). Veracruz y el Atlántico: apertura y consolidación de las rutas oceánicas (1519-1803). En G. Tovar (coord.), *Veracruz. Primer puerto del continente* (129-153). ICA, Fundación Miguel Alemán y Espejo de Obsidiana.

Ulloa, A. (1992). Descripción geográfico-física de una parte de la Nueva España. En M. Poblett Miranda (comp.), *Cien viajeros en Veracruz: crónicas y relatos* (tomo II, 71-102). Gobierno de Veracruz.

Vázquez de Ferrer, B. (2006). Maracaibo y su puerto en la dinámica del poder local y regional, 1574-1821. En J. von Grafenstein (coord.), *El golfo-Caribe y sus puertos* (tomo I, 1600-1850). Instituto Mora.